

CERVANTES Y LOPE—EL TIEMPO Y EL MOMENTO

— por Joaquín de Entrambasaguas —

Motivos anecdóticos.—Nada más traído y llevado, en la Literatura de la anécdota, que la enemistad de Cervantes y Lope.

Cervantes y Lope enemigos, apasionan para temas historoides; Cervantes y Lope enemigos, escandalizan alegremente por su categoría de escritores, ya que no por la infrecuencia de rencillas entre gentes de pluma.

Muchas veces se ha escrito sobre esto. Unos cuantos elementos documentales han bastado para emborronar miles de cuartillas. Desde los eruditos bonachones del siglo XIX, hasta que Rodríguez Marín resumió y valuó críticamente, por primera vez, los datos existentes, la fantasía ha solido, como en muchos casos, sustituir la ausencia de hechos fehacientes.

Muy joven debía ser aún Lope cuando conoció a Cervantes. Se sabe que de 1584 a 1600, poco más o menos, hubo entre ellos muy buena amistad. Juntos figuran el poeta alcaláino y el madrileño, con sendas composiciones en el *Jardín Espiritual* de Fray Pedro de Padilla, impreso en Madrid en 1585. Cervantes alaba a Lope en el *Canto de Calíope*, de *La Galatea*, publicada en el mismo año, con esta octava real, más forzada en la rima que en el deseo de agradarle:

*Muestra en un ingenio la experiencia
que en años verdes y en edad temprana
hace su habitación ansi la sciencia
como en la edad madura, antigua y cana.*

*No entraré con alguno en competencia
que contradiga una verdad tan llana,
y más si acaso a sus oydos llega
que lo digo por vos Lope de Vega.*

Posteriormente, en 1598, salía un soneto ensalzando *La Dragontea*, de Lope y éste correspondía a tanta fineza literaria incluyendo a Cervantes entre los mejores poetas de su tiempo al citarle en *La Dorotea* —escrita, en parte, hacia 1588, aunque se

publicara en 1632— y en *La Arcadia*, impresa en Madrid en 1598.

Y aún tan buena amistad debió de continuar cuando hacia 1600, viviendo en Sevilla Cervantes, llegó allá Lope, muy *Fénix de los Ingenios* y muy llevando colgada del brazo la rubia y opulenta belleza de la actriz Micaela Luján, mientras doña Juana Guardo, su mujer legítima, le esperaba segura en la Corte con su virtuosa fealdad.

Pero en el año de 1604, uno antes de ver la luz el *Quijote*, el libro por excelencia, tan buena armonía entre los dos escritores había quedado ya rota.

La historia que, a menudo, gusta dejarnos harto insatisfecha la curiosidad, lo hizo en este caso, olvidando la causa del rompimiento entre los dos autores, pero conservando, no obstante, pruebas elocuentes de que acaeció.

Pues el caso fué que al volver Lope a Sevilla, de nuevo, en aquel año de 1604, cuando estaba en la cumbre de su fama literaria y en el triunfo de sus amoríos —cuyo momento se sintetiza tan bien en el retrato que le dibujó Pacheco por entonces— cierta academia hispalense, llamada de Ochoa, por su fundador el autor dramático Juan de Ochoa Ibáñez, recibió de uñas al poeta madrileño.

Era aquella Academia, como casi todas las de su época, un inquieto rebullicio de poetas maldicientes y el Ochoa que los reunía amicísimo de Cervantes, quien echó su cuarto a espadas y su pulla a Lope en este soneto que Asensio, La Barrera y Rodríguez Marín, no dudan, con razón, en atribuir al autor del *Quijote*:

*Lope dicen que vino —No es posible.
¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
No lo puedo creer. — ¡Por Jesucristo!
Que no os miento. — Callad, que es imposible.
¡Por el hijo de Dios, que sois terrible!
Digo que es chanza. — Andad, que ¡Voto a Cristo!
Que entró por Macarena. — ¡Quién lo ha visto?
Yo lo vide. — No hay tal, que es invisible.
¡Invisible, Martín? eso es engaño
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.*

*¿Es grande? — Si: será de mi tamaño
Si no es tan grande, pues como es su nombre...*

Imposible seguir copiando. Quédese aquí el soneto. Ni Versailles estaba en Sevilla por aquel entonces, ni los escritores anduvieron nunca con pelos en la pluma cuando no los tenían en la lengua. Para la burla basta ya. La alusión a la grandeza y a la fama de Lope, uniéndolas al nombre de Diego Díaz, el resignado marido de Micaela Lúján huído a Indias con loable prudencia, bastan para descubrir las intenciones del autor de los versos.

Más suaves y discretos son otros dos sonetos —el último acaso también de Cervantes como cree Rodríguez Marín que acompañaban al antecedente y se urdirían, sin duda, también, entre los chismes y risotadas de la Academia de Ochoa. Helos aquí:

*—¿Quién es este pastor que de Castilla
Al sacro Betis muda sus ovejas,
Esparciendo a los aires tristes quejas:
En busca de su ausente pastorcilla?*

*¿Quién ha venido en busca de la orilla
Del Betis, que otra vez de sus orejas
Apartó con las manos las guedejas,
Para escuchar los cisnes de Sevilla?*

*¿Quién es aqueste que, con tardo paso,
El coro de las Musas trae inquieto
Y a las incultas selvas nuestras llega?*

*Si del Tibre descende, será el Tasso;
Sanazaro, si baja del Sebeto;
Y si de Manzanares viene, es Vega.*

Vengas, Lope, con bien, Vega apasible.

—¿Quién es Vega? — Un sujeto con llaneza.

—¿Qué es llaneza? — Lo opuesto de aspereza.

—¿Quién hace los opuestos? — Lo invencible.

—¿Quién ha hecho invencibles? — Lo imposible.

—¿Quién ha visto imposibles? — La pobreza.

—¿Qué es pobreza? — Retrato de vileza;

Menos que nada y más que lo insufrible.

—El nada ¿qué es? — Será lo que no es algo.
—¿Qué es algo? — Sólo Dios, por maravilla.
—¿No es nada este soneto? — No, ni aún llega.
—¿En efecto, que hay nada? — Y en Sevilla.
—¿Seréis el nada vos? — Punto más valgo.
—El nada ¿quién es, pues? — Lope de Vega.

Estas y otras bromas, cuyas palabras y risas se perdieron en el aire transparente de Sevilla, fueron, sin duda, para Lope como el unto para un judío, porque cegando su sensibilidad literaria con su ira, como acostumbraba en estos casos, escribía el 14 de agosto del mismo año, en una carta íntima que, aún cuando había muchos poetas, ninguno era tan malo como Cervantes ni tan necio que alabara el *Quijote*, no impreso aún, pero ya leído de muchos.

Lo que sigue es ya una guerra en toda regla. Una guerra incruenta pero terrible en que las plumas son fusiles y cañones que cargan con balas explosivas y bombas de sátiras y calumnias y cuyos partes bélicos se darían en los mentideros, en las academias y en las tertulias de escritores . . .

Unas veces es un soneto con estrambote, de posible atribución a Cervantes, en que se le recomienda al Fénix borrar, anticipándose a aquella *Spongia* famosa, de Torres Rámila, que yo estudié en otra ocasión, todas las obras salidas de su pluma; otras es el soneto de Lope respondiendo al anterior, que comienza con arrogancia orgullosa, comparándose con Apolo mismo, para concluir en tales sordideces que ni las luces de Apolo las quisieran alumbrar de buen grado.

Por último la gran batalla ante el público se da en 1605, al aparecer la primera parte del *Quijote*. Su prólogo es una verdadera sátira contra el *Fénix*; sátira finísima de ironía, muestra del inmenso ingenio de Cervantes, cuyas alusiones innumerables se ha tardado mucho tiempo en aclarar, aunque tal vez no lo estén del todo y su texto mismo aparezca lleno de puntazos dirigidos a la vida privada y literaria de Lope que no dejarían de hacer blanco y de producir dolorosa huella.

La mayoría de estas alusiones, tan certeras como crueles, han sido señaladas ya. No voy a fatigar al lector recordando lugares tan trillados. Bastará hacer la suma de las ofensas para dar idea

del alud que cayó sobre Lope. Burlábase donosamente Cervantes de la enfadosa erudición que aparentaba el *Fénix* en sus obras, de sus descripciones literarias, frecuentes en *La Arcadia*, y lo que era peor, de la técnica dramática de su teatro, entonces en pleno apogeo, no faltando la crítica de una infinidad de cosas y detalles, que revelaban cómo Cervantes, merced al aborrecimiento que profesaba a Lope, fué uno de sus mejores lectores. Y todavía hube de señalar yo clarísimas burlas a la mezcla de lo humano y de lo divino, tan frecuente en la literatura lopesca, y a las creencias astrológicas que, con temible frecuencia, servían a Lope para justificar actos que realizaba, no explicables, ciertamente, con las leyes humanas de tejas abajo.

La respuesta a tanta crítica se encuentra en esa *Segunda Parte del Quijote*, atribuída textualmente al licenciado Fernández de Avellaneda, cuyo autor o autores verdaderos, aún no han dejado el incógnito con que aparecen a través de nuestra literatura.

Ridículo e inútil sería que tratara de exponer aquí un tema de tan pesada erudición a no hacerlo de modo definitivo. Basta saber que Lope y su Corte de admiradores desahogaron en el llamado "falso Quijote" su indignación, tan venenosa como ineficazmente, ya que los insultos personales no pueden suplir nunca a la crítica, y que Cervantes en la verdadera *Segunda Parte* de su libro, contestó con la dignidad que le era peculiar en estos casos, empleando unas palabras tan admirables como recordadas.

Pero antes, en 1612, por una carta de Lope al duque de Sessa sabemos que en cierta academia madrileña leyó el *Fénix* unos versos "con unos anteojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos". Y de este texto, a lo más reflejo de una fría cortesía entre escritores en un acto público, y del seco y convencional elogio al *Fénix* en *El Viaje del Parnaso*, se quiso deducir que Cervantes y Lope habían vuelto a ser amigos.

Ni aún dando una trascendencia, que no tienen, a estas alusiones, pudiera admitirse. Si Cervantes, tal vez, era hombre poco rencoroso, Lope no olvidaba jamás las ofensas que se le hacían y basta recordar su biografía para que miles de ejemplos nos salgan al paso y sobre ellos, con la sinceridad de lo íntimo y de lo espontáneo, aquella frase que le retrata de cuerpo entero: "Yo

nací en dos extremos, que son amar y aborrecer: No he tenido medio jamás”.

Y nos demuestran que esta pretendida reconciliación no existió las hirientes y resentidas alusiones que le dedicó Cervantes en la *Segunda Parte* de su *Quijote*, precisamente, donde a vuelta de censurar que, tras versos amorosos, se lancen sátiras contra la amada, como hizo Lope con Elena Osorio, y de burlarse del “unicus aut peregrinus” que el orgullo del *Fénix* se había dado a sí mismo, hallamos este párrafo en que aparenta desmentir a quienes le acusaban de atacar a Lope, ya clérigo y Familiar de la Santa Inquisición: “No tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él (Avellaneda) lo dijo por quien parecé (!!) que lo dijo, engañóse de todo que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la *ocupación continua y virtuosa*”.

No hay más que pedir, dirá el lector, en cuanto a moderación y elogio. Pero, sí sí . . . No hay que fiarse nunca mucho de los escritores y menos cuando éstos tienen el ingenio supremo de Cervantes. Y si no, prueba al canto.

Con recordar que el autor del *Quijote* vivía en la esquina de las calles del León y de Francos (hoy Cervantes), y que Lope habitaba en “casas propias”, situadas hacia la mitad de esta última calle, la cual había de seguir el *Fénix* hasta dicha esquina para internarse en el centro de Madrid, se comprende toda la intención del pasaje copiado. Cervantes, desde su casa, mientras escribía las cuartillas de sus últimas obras, vería pasar a Lope, acaso más acompañado de lo que debiera, y sorprendería sus idas y venidas con los cómicos a horas inusitadas, y a veces, en el coche del duque de Sessa, todo lo cual vendrían a detallárselo las murmuraciones de la vecindad, que llegarán hasta él o los suyos . . .

Hasta aquí los datos históricos, los motivos anecdóticos sobre la enemistad de Cervantes y de Lope a los que debo añadir dos aún para que la imagen literaria y humana de ambos escritores se defina más.

Cervantes, cabeza clara de su época, no se cegó por su enemistad para juzgar a Lope en el prólogo de sus *Comedias*, como

al "monstruo de naturaleza" que se alzó con la monarquía cómica.

Pero Lope, más apasionado del ambiente, no pudo sobreponerse a sus odios humanos para juzgar a Cervantes y mucho después, muerto ya el autor del *Quijote*, tildaba esta obra de "extravagante" en su comedia *Amar sin saber a quién*.

¡Y tan extravagante! He aquí el juicio certero de un subconsciente genial. Porque tal vez en todo aquel atardecer español, el rayo de sol del *Quijote*, limpio y penetrante, era lo más extravagante que pudiera aparecer.

Cervantes en el tiempo y Lope en el momento. Porque ahí, en este ver a Cervantes y Lope culminante en el momento como monarca del teatro y en esta extravagancia que le parece a Lope el *Quijote*, que sólo el tiempo ha de juzgar y comprender en su integridad, está la clave de la antítesis de ambos escritores, de ambos genios, y quién sabe si de España misma, que de un modo general sintetizó en palabras inolvidables la mente avizora, afilada en el conceptismo, de Baltasar Gracián:

"Hombre de su siglo. Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque le tuvieron no acertaron a lograrle, fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre; tienen las cosas su vez; hasta las eminencias son al uso; pero lleva una ventaja lo sabio: que es eterno, y si éste no es su siglo muchos otros lo serán".

Cervantes, a fuerza de serlo, no es un hombre de su siglo, en su momento. Es un hombre en el tiempo. Raro, extravagante, como su libro, en la época que apareció y como el hombre de Gracián, si aquél no fué su siglo plenamente, otros muchos, todos los que siguen, lo son y lo serán.

El hombre en su siglo es Lope, el hombre del momento, reflejo de su época, conforme a su época, de acuerdo con ella, fecundo como planta que halla suelo propicio, que a fuerza de ser de un momento, enteramente sin semejanzas, el tiempo le admira.

La enemistad entre ambos que surgió episódicamente, anecdóticamente, fué uno de tantos síntomas de aquellas dos almas que nacieron y latieron diametralmente opuestas y que no se comprendieron mutuamente ni se hubieran comprendido jamás.

Si Cervantes se desentiende donairosamente de la historia y se preocupa en lo hondo por escrutar las rutas del porvenir, Lope se complace en admirar el fantástico panorama de las leyendas españolas y cómo la evolución del teatro siente acabar en él el mundo cultural que le rodea.

A Lope le parece fácil España en aquella época que en el fondo es difícil, y Cervantes en aquel momento que a todos parece fácil halla difícil a España.

Difícil de actitudes dignas, en su deslizarse muele hacia la picaresca.

Pero para Lope la picaresca no existe. Ni en su obra ni en su vida. No existe porque no tiene conciencia de ella, como España, como el momento español de entonces.

Yo me figuro a Cervantes desentendiéndose a veces del odio personal que profesaba a Lope y viéndole en su vida plena, con ritmo cotidiano como el símbolo de aquel vivir español, tan en el siglo, que a él le preocupaba y que hubiera querido extravagar, hacer extravagante, como su libro, en unos siglos más.

Y mientras Lope que lleva en sí fundidas tantas vidas españolas maravillosamente, para vital y creador, aureolado por la fama, ante los cristales del aposento de Cervantes, este enfermo, olvidado, apenas escribe unas páginas donde quisiera decir a aquel momento de España que cruza qué debería hacer para llevar con el tiempo una gloria que contempla extinguirse en el momento con su mirada de hombre extravagante, de fuera del siglo, para quien éste no guarda cetro ninguno, ni de monarquía cómica siquiera.

Y para defender toda su ideología sólo dos seres le acompañan. Aquel *D. Quijote*, símbolo de la España caballeresca que se va y aquél Sancho, reflejo de la España utilitarista que llega. Pero los dos lejos del fácil tópico del extremismo simbolista. Ni *D. Quijote* es perfecto, ni Sancho es odioso. Ambos son España y ambos son humanos, como creados con el arte del mejor escritor y el amor del mejor español, de Cervantes. No son antagónicos. A lo largo de su vida común *D. Quijote* ha aprendido muchas cosas útiles del bueno de Sancho y éste ya tiene rasgos de caballero. Se han compenetrado y dan un conjunto perfecto. Como lo hubiera dado España entonces si hubiera escuchado la voz de Cervantes. Pero no era el siglo de éste. Faltaba mucho aún

y aquellas gentes sólo escuchaban a los personajes de Lope, ¡que tanto tenían que aprender de D. Quijote y olvidar de Sancho!

Lope escribe mucho, infinito. Precisa cada día dar un fruto nuevo. No piensa jamás en el futuro de su obra. Su pluma está al día. En virtud de ello nos ha quedado en su teatro esa incomparable visión de una época en que si destacan con rasgos magistrales, de valor humano, las figuras escénicas, se enmarcan, a la vez, en un ambiente cálido de vida, en que lo accesorio tiene delicadezas expresivas.

No es sólo un alma de mujer, de calidades exquisitas o un dramático momento, o una ágil comicidad, lo que revive en la escena Lope con su técnica inigualada, sino la esencia inefable de su siglo, de su momento en boga, en el encomio sabroso de un manjar mismo, que adquieren valores insospechados de evocación y de finura.

Cervantes, en cambio, parece condenarse en su libro, dejando al margen mismo sus otras obras. No se inquieta por mantener el contacto cotidiano con el público y aún la fama codiciada de escritor jamás le desvía de su invención literaria.

Sin embargo, de continuo, hay en él una obsesión de futuro.

Llega hasta a prever genialmente que su libro servirá de texto en las escuelas como modelo de castellano, lo cual entonces, si se tiene en cuenta lo que solía leerse en las amigas y el concepto que se tenía del idioma, casi latinizante todavía, sobre-coge verlo escrito por una mente de aquel tiempo.

En el *Quijote* muchas veces nos sentimos desentendidos de su época. Cervantes, en esto, es un perfecto anticronólogo. Hay en todo como un afán de venir al presente, como un inquietante afán nuestro de traernos todos sus problemas para ponerlos en el plano de resolución de nuestro tiempo. Los seres que aparecen —me resisto a llamarlos personajes— no los imaginamos reviviendo del libro en la vida, como los de Lope, sino escapándose de nuestro vivir y cayendo como gotas de agua en los mares profundos de sus almas. Lo accesorio, lo cotidiano, como en el vivir inmutable del tiempo, se esfuma ante las ideas fundamentales de su autor que dejan en nosotros imborrables e inextinguibles huellas . . .

¡Gran lección la de Cervantes y Lope o el tiempo y el momento! Gran lección para reflexionar sobre ella en esta época, cuando como en la de aquellos dos genios ha de elegirse entre el momento y el tiempo, entre el siglo o los siglos. Gran lección si enseña a acertar a aquellos que pueden optar por uno o por otros.

Admirable es el *Fénix* de su época, del momento, como Lope, si luego revive su obra por su propia y eterna belleza, que rara vez sucede; pero más admirable es aún por lo noble y alto, sólo reservado al genio supremo renunciar, como Cervantes, al momento y entregar la obra al tiempo, con la seguridad serena de su vida inmortal.